

LA DOCTRINA MORAL DE ADAM SMITH (*)

por FRANCISCO LETIZIA

Profesor titular de Filosofía y
Director del Departamento de
Disciplinas Humanísticas de la
Facultad de Ciencias Económicas
de la U.N. de Cuyo.

En el siglo XVIII se difunde por toda Europa un vasto movimiento conocido con el nombre de "Ilustración" o "Iluminismo", que se propone "iluminar", con la luz de la razón, toda la realidad, combatiendo los errores y eliminando esos prejuicios atribuidos a la Edad Media. El libre pensamiento, que ya había afirmado su plena autonomía en el campo de la naturaleza física, quiere ahora compenetrar de su espíritu y someter a sus leyes todas las esferas de la vida humana. Todo está sometido a revisión crítica en nombre de los derechos soberanos de la razón la cual, libre definitivamente de las ataduras del pasado, decide abrir un camino de progreso indefinido y, por medio del saber, realizar un nuevo ideal de perfección y felicidad humana.

El movimiento de la ilustración encontró su primera formulación en Inglaterra y una de sus características fundamentales fue el "deísmo" que, en el campo de la religión suprime los datos de la revelación y del orden sobrenatural para resolver todos los problemas religiosos a la luz de la razón. Los

(*) Este trabajo es un capítulo de la obra *Fundamentación filosófica de las doctrinas económicas*, cuyo primer tomo se publicará en 1983.

filósofos que lo difunden se definen como "librepensadores" y huyen tanto del "ateísmo" como del "teísmo" para fundar la así llamada "religión natural". (1)

En otras palabras, se quiere una religión que sea "natural" en su objeto, "racional" por su criterio de verdad y certeza, "universal" y "libre" en sus manifestaciones.

Intimamente relacionado con el deísmo surge el movimiento que, en forma análoga, quiere establecer la autonomía del hombre en el mundo ético, liberar la moral de la doble servidumbre a la Teología (ética tradicional) o al Estado hobbesiano, descubrir en la naturaleza del hombre la originariedad de tendencias altruistas (la benevolencia o simpatía); señalar, sobre todo en la conciencia humana, el criterio infalible para distinguir el bien del mal: este es el fin que tiene el iluminismo inglés en el campo ético.

La conducta humana no debe ser guiada por la sanción religiosa ni política, ni por el cálculo de la ventaja, ni por un ciego mecanismo natural. Además, la fuente del orden ético ya no es Dios sino la misma naturaleza humana, debido a que el hombre posee un "sentido moral" o "sentimiento moral" que lo guía infaliblemente en todos sus actos.

Los representantes más conspicuos de esta corriente son Shaftesbury, Hutcheson, Hume y Smith.

Anthony Ashley Cooper, lord de Shaftesbury (1671-1713) elabora sus teorías morales sobre un fondo de lecturas platónicas, aristotélicas, ciceronianas y estoicas y busca la fuente del orden ético dentro de la misma naturaleza humana con independencia de cualquier ley positiva divina o humana. No se trata de la naturaleza humana individualmente considerada, sino vista dentro del orden universal establecido y regido por la divinidad. Concibe a Dios a la manera estoica, no como una

(1) El mejor expositor del deísmo fue el irlandés John Toland (1670-1722) quien en su obra *El cristianismo sin misterio* quiere difundir una religión sin dogmas, sin sacerdotes ni ideas incomprensibles. La "razón" es el único criterio de certeza y todo lo que entra en el ámbito del conocimiento debe ser inteligible y claro. Por su parte Samuel Clarke, autor de *Una demostración del ser y de los atributos de Dios*, sostiene que el código moral es el código natural del hombre y que la utilidad de la revelación consiste en hacer más evidentes sus obligaciones naturales. Siguen Mathew Tindal, Anthony Collins y otros.

realidad trascendente al mundo ni como un simple Demiurgo platónico o Arquitecto del universo, sino como un principio activo, viviente e inmanente que penetra y sostiene su obra, a la manera como el alma humana vivifica a su cuerpo. La virtud es amor por el orden y la belleza y consiste en la armonía entre las partes del individuo. Superior a todo temor y a toda esperanza en otra vida, la virtud tiene en sí misma su propia recompensa y, por ende, tiende a identificarse con la felicidad, que se consigue introduciendo una "natural temper", una moderación armónica entre nuestras tendencias. Si logramos establecer orden, equilibrio y paz en nosotros mismos, nos convertiremos en artífices de nuestra propia felicidad.

Shaftesbury se opone, además, a las dos tendencias existentes en su tiempo: a la corriente tradicional que consideraba la moral fundada en la teología cristiana y al materialismo de Hobbes, quien fundaba su moral en el Estado. Para Shaftesbury ni la Iglesia ni el Estado tienen competencia para definir cuestiones morales. La moral se funda en la naturaleza humana, independientemente de todo principio externo. Por otra parte, sostiene que la moral es anterior e independiente de la religión. La moral no procede de la religión, sino a la inversa: es la religión la que proviene de la moral. El principio ético, pues, no hay que buscarlo fuera de la naturaleza humana, sino dentro de ella misma.

Para Shaftesbury no existe el mal en la naturaleza. Todo es bueno en el universo y el hombre experimenta un profundo sentimiento de benevolencia que le impulsa a vivir en paz con sus semejantes. Por eso el filósofo entona un himno a la Naturaleza, a su belleza y bondad que se manifiesta en todas partes: en el cielo y en la tierra, en la materia y en el pensamiento. El hombre es la obra maestra de la naturaleza y por eso no tiene necesidad de buscar fuera de sí la fuente del orden ético.

Un exagerado optimismo, pues, domina la concepción de Shaftesbury en su interpretación del mundo humano. A pesar de ello, sus ideas morales van a influir enormemente en Hutcheson y Smith en Inglaterra, en Rousseau en Francia y en Herder y Kant en Alemania, debido precisamente a que establece una moral autónoma e independiente de Dios y de toda religión, fundada únicamente en la naturaleza humana.

Ahora bien, frente a este exagerado optimismo moral de Shaftesbury se contrapone reciamente Bernardo de Mandeville (1670-1733), quien retoma el concepto pesimista de Hob-

bes. (2)

En 1714 publicó su famosa *The Fable of Bees, or Private Vices Public Benefits: Inquiry into the Origin of Moral Virtue* (La fábula de las abejas o los vicios privados considerados como beneficio social: ensayo sobre el origen de la virtud moral). En ésta representa a la sociedad humana en forma de una colmena en la que reinan las virtudes y los vicios. Todo marcha bien porque los viciosos y los virtuosos se esfuerzan en satisfacer sus propias necesidades. En la colmena humana tanto la virtud como el vicio -dice- son indispensables y, de la armónica mezcla de vicios y virtudes, resulta una sociedad serena y tranquila *as a paradise*, como si fuera una especie de paraíso terrenal. Pero un mal día el mayor de los bribones empezó a quejarse de los vicios generales: muchos lo siguieron y el dios Júpiter escuchó sus ruegos: los vicios desaparecieron, se reformaron las costumbres, se redujo la burocracia, desapareció la pobreza. Sin embargo, al mismo tiempo, desaparecieron también las artes y las ciencias porque nadie se ocupaba de ellas. Las abejas se dispersaron y la colmena desapareció.

La moraleja es clara. El reino de la virtud equivale a la destrucción de las artes y de la actividad científica. La virtud es incapaz de conservar el Estado. En cambio, los vicios son un beneficio público porque estimulan la actividad y el progreso.

"La idea fundamental de este libro -que produjo un escándalo enorme y fue retirado de la circulación por orden del Gobierno- es la de que la civilización, entendiendo por ella a la riqueza, las artes y las ciencias, son el resultado, no de virtudes, sino de lo que Mandeville llama nuestros vicios, es decir, innumerables necesidades naturales, que nos ponen en el trance de desear el bienestar, las comodidades, el lujo y todos los placeres de la vida. Venía a ser, por lo tanto, una apología del hombre natural y una crítica del hombre virtuoso". (3)

(2) Nacido en Holanda, de padres franceses, pasó luego a Inglaterra donde se dedicó al estudio de la medicina y de temas filosóficos.

(3) GIDE, C. y RIST, C., *Historia de las doctrinas económicas*, trad. de C. Martínez Peñalver, 2a. ed. (Reus), pág. 89.

En otras palabras, a más vicios corresponde más progreso, riqueza y prosperidad pública. En efecto, el egoísmo, el lujo, la ambición y el fuerte deseo de satisfacer los más bajos instintos son resortes de energía social más eficaces que las mismas virtudes. La virtud individual basta para agradar a Dios -dice cínicamente Mandeville- pero no "para fomentar la prosperidad de las naciones". Además, es indispensable que haya pobres y personas hambrientas porque si no hubiera pobres nadie querría trabajar en los menesteres más humildes. Asimismo -agrega en su *Essay on Charity and Charity Schools*- también es perjudicial la instrucción para todos los habitantes de un pueblo porque, en este caso, al ser todos licenciados o doctores nadie se ocuparía en los trabajos manuales.

En la conclusión de su *Investigación sobre la naturaleza de la sociedad*, Mandeville sostiene que ni las virtudes individuales ni las cualidades sociales de los hombres son el fundamento de la sociedad. Por el contrario, lo que nosotros llamamos mal en este mundo, mal moral o natural, es "el gran principio que nos hace criaturas sociables". Es decir que el mal moral es la base sólida, el sostén, el fundamento de todos los negocios y el progreso de las artes, las ciencias y la actividad económica.

El hombre, este "salvaje desnudo", siente una imperiosa necesidad de satisfacer numerosos deseos siempre crecientes y su tendencia al bienestar y al lujo incrementa el comercio, la industria y todas las actividades humanas. Y debido a que la virtud es una dolorosa *ascesis* que consiste en la renuncia a los placeres y a las comodidades superfluas, resulta por eso mismo contraria al desarrollo de la sociedad civil.

"Todos los argumentos de Mandeville -comenta Abbagnano- se apoyan en el contraste entre el concepto rigorista de la virtud, como mortificación en lo naturalmente necesario, y la observación de que la sociedad humana está organizada esencialmente para servir a tales necesidades. El concepto rigorista de la virtud le lleva a negar que haya una verdadera y propia virtud en el mundo. Lo que nosotros llamamos virtud, la mayor parte de las veces, es un egoísmo enmascarado". (4)

Ahora bien, frente a estas cínicas manifestaciones

(4) ABBAGNANO, N., *Historia de la Filosofía*, t. II, trad. de J. Esterlich (Barcelona, Montaner y Simón, 1955), pág. 295.

de Mandeville se levanta Francisco Hutcheson (1694-1747), profesor de "Filosofía Moral" en la Universidad de Glasgow, autor de *Logicae compendium et Synopsis Metaphysicae, Philosophiae moralis institutio* comentaria libris tribus *Ethicae et Iurisprudentiae elementa continens* y *A System of Moral Philosophy*. En estas obras, reaccionando contra el egoísmo y utilitarismo de Mandeville y retomando el optimismo de Shaftesbury, sostiene que existe un principio desinteresado de la conducta humana fundado en el "sentimiento de la benevolencia", por medio del cual hallamos nuestra felicidad en la felicidad de los demás. De este sentimiento de benevolencia resultarían todas las virtudes y todos los deberes.

Hutcheson analiza más profundamente que Shaftesbury el lado psicológico del problema ético. Reconoce la importancia de los instintos egoístas, pero coloca el fundamento de la virtud en ese sentimiento moral de benevolencia que es innato en el individuo y que promueve la felicidad ajena y el interés público.

Gracias a este sentimiento somos conducidos a la virtud por el amor altruista; es cierto -dice- que las tendencias egoístas naturales podrán promover el progreso social, pero siempre y cuando permanezcan dentro de los justos límites. El sentimiento de benevolencia, pues, hace armonizar nuestras impresiones con las de los demás y nos permite compartir con ellos las penas y las alegrías.

Estamisma doctrina moral es compartida por David Hume (1711-1776), el gran filósofo de la "naturaleza humana", quien publicó en 1739 su *Treatise of Human Nature* y luego, en 1751, *An Inquiry Concerning the Principles of Moral*, en el cual explica la vida moral del hombre con la investigación genética de los afectos, de los sentimientos y de las voluntades fuera del campo de la razón.

El fundamento ético -para Hume- no está en la razón sino en el "sentimiento de simpatía" que es innato y que consiste en la capacidad de sentir el bien y el mal ajenos como si fueran propios. La simpatía permite identificarse con el estado y los sentimientos de los demás: ella es el motivo originario y el fundamento de toda acción moral. Como consecuencia del hecho de que los sentimientos de simpatía surgen en la convivencia social libremente, el centro de gravedad de la ética o de la política se desplaza hacia los problemas de la moral social.

El origen de la sociedad no hay que buscarlo en un

artificial "contrato social" -como decía Rousseau- sino en un sentimiento llamado "simpatía" gracias al cual ningún bien o ningún mal de nuestros semejantes nos resulta indiferente. Esta simpatía, que originariamente es el fundamento de nuestro juicio moral sobre las acciones del prójimo, y de los juicios morales de los demás sobre nuestras acciones es, también, la base de nuestra organización política.

El fundamento del orden moral -dice Hume- reside en el *fellow feeling*, es decir, mi "sentimiento con los demás", por lo cual las manifestaciones de gozo o de dolor que nuestros semejantes provocan en nosotros, por asociación, impresiones o ideas semejantes. La aprobación de los demás respecto de ciertas acciones es lo que las define como virtuosas o viciosas.

"Nosotros llamaremos virtuosa toda cualidad o acto que encuentre la aprobación general de la humanidad; y llamaremos viciosa toda cualidad que es objeto de repulsa o de censura general". (5)

Ahora bien, la compleja orientación filosófico-económica de Smith, que se forma en la moral altruista de Shaftesbury, Hutcheson y Hume, no se puede comprender cabalmente sin una brevísima referencia a su contacto con los fisiócratas, con los cuales compartió la idea del orden preestablecido instituido por la providencia divina.

"Smith -dicen Gide y Rist- es, en gran escala, deudor de los fisiócratas, a los que no llegó a conocer hasta que estuvo en París en 1765. La brevedad de sus relaciones con ellos no ha impedido, sin embargo, que la influencia ejercida por la escuela francesa sobre el economista inglés haya sido muy profunda". (6)

Tanto Smith como los fisiócratas bebieron en las mismas fuentes y sus principios teológicos llevan el sello inconfundible del deísmo de la época de la ilustración. Dios es el Supremo Hacedor del universo y, en su infinita sabiduría, ha ordenado el mundo como si fuera un mecanismo que marcha con

(5) HUME, D., *Investigaciones sobre los principios de la moral*, V. 2. Hume publicó, además, varios ensayos sobre temas económicos: *Del comercio*; *La balanza del comercio*; *El interés*; *El lujo*; *El crédito público*; *La emulación comercial* y *La población de las antiguas naciones*.

(6) GIDE, C. y RIST, C., *op. cit.*, pág. 90.

una regularidad perfecta. La divinidad no sólo es la expresión de la sabiduría absoluta sino también de la bondad suma. Por su parte, la razón humana puede comprender la economía de este mecanismo.

El orden natural es establecido por Dios para el bienestar de los hombres; se trata, pues, de un "orden providencial": es el mismo para todos los hombres de todos los tiempos. Esta concepción dogmática y optimista se refleja también en la actividad económica. En efecto, es esencial al orden que el interés particular de uno solo no pueda ser jamás separado del común interés de todos y eso es precisamente lo que sucede bajo el régimen de la libertad. Las leyes del orden natural no cercenan la libertad del hombre sino que la permiten. En efecto, las ventajas de estas leyes supremas son el objeto de una mejor elección de la libertad.

Habiendo, pues, aclarado los antecedentes históricos y los principios filosóficos que sirven de base a la elaboración doctrinaria de Smith, ya estamos en condición de analizar su doctrina moral.

Adam Smith (1723-1790) (7), en su *Teoría de los sen-*

(7) Adam Smith nació en Kirkcaldy, Escocia, el 5 de junio de 1723. Su familia deseaba que abrazase el estado eclesiástico, pero él, al no sentir inclinación por la teología, pronto abandonó la carrera. Hizo sus estudios en la Universidad de Glasgow con Francis Hutcheson -su querido maestro de Filosofía Moral, a quien sucedió luego en la cátedra-, continuándolos en Oxford y Edimburgo. En esta época conoció al filósofo Hume, a quien siempre estuvo unido con los lazos de una profunda amistad. En 1751 fue designado profesor de "Lógica" en la Universidad de Glasgow, pasando a ocupar hacia fines del mismo año el cargo de profesor de "Filosofía Moral", que comprendía la cuádruple enseñanza de "Teología Natural", "Ética", "Jurisprudencia" y "Política". En 1759 publicó su *Theory of Moral Sentiments*, que es un ensayo analítico sobre las acciones de los demás y, después, sobre sus propias acciones, que le atrajo rápidamente considerable reputación.

En 1764 abandonó la cátedra, aceptando acompañar al joven duque de Buccleugh por un largo viaje al extranjero que duró dos años. En París volvió a encontrarse con Hume, quien lo introdujo en la sociedad de los filósofos y fisiócratas: Helvetius, D'Alembert, Necker, Quesnay, Turgot y otros. De vuelta a Inglaterra se consagró exclusivamente a su obra

timientos morales quiere descubrir las reglas naturales que norman la conducta del hombre, y para ello analiza sus sentimientos para descubrir las leyes que gobiernan su comportamiento.

Siguiendo, pues, a Shaftesbury, y a su maestro Hutcheson, cree que en el alma se encuentran sentimientos altruistas y egoístas, dosificados en proporciones varias. Desde su punto de vista, ambos sentimientos se justifican debido a que las acciones morales pueden tener esas dos raíces. Las acciones egoístas -para Smith- tal como lo explica en la última parte -la séptima- de su obra, no sólo son admisibles moralmente sino que, en muchas ocasiones, constituyen un ingrediente necesario en nuestra vida diaria. Estos sentimientos egoístas se armonizan, gracias a la simpatía -que es un sentimiento innato- con los elementos altruistas existentes en la vida humana. La esencia de la simpatía (8) consiste en la capacidad del individuo de trasladarse, con la imaginación, al estado de ánimo ajeno, de sentir como motivos propios los que determinaron la acción del otro. La simpatía nos hace compartir los placeres y los dolores de nuestro prójimo: "Es un sentimiento desinteresado -dice Smith- que se traduce en un juicio moral de aprobación o desaprobación, de mérito o de demérito respecto a nuestra propia conducta".

Superar los sentimientos egoístas y cultivar los de la simpatía conduce a la perfección de la naturaleza humana y a la armonía querida por la misma naturaleza. Es así como Smith ve en la virtud una armónica colaboración entre los impulsos egoístas y los altruistas, entre el egoísmo y la benevolencia que lo mitiga.

Para que pueda verificarse la armonía querida por la providencia, es necesario que los impulsos egoístas sean disci-

económica que publicó en 1776. Su *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations* le valió durante mucho tiempo el título de "padre de la economía política". Admirado por toda Europa, murió en 1790.

(8) El término "simpatía", del latín *Sympathia*, del griego *sympátheia* (compuesto por *Syn* y *Páthos*) significa "comunidad de sentir afectivamente". La "simpatía" se distingue de la "empatía", que es una aprensión directa de un estado de ánimo de otra persona sin compartir sus sentimientos. En la simpatía, en cambio, lo fundamental es la comunidad de la emoción. Por eso se puede empatizar con un criminal sin simpatizar con el mismo.

plinados dentro de límites estrictos. El terreno en que el filósofo deja mayor libertad de acción al egoísmo es el del *self interest* o interés personal, que se manifiesta principalmente en la actividad económica en la cual cada uno es inducido, por su instinto natural, a pensar en sí mismo antes que en los demás.

"No es la benevolencia del carnicero, del cervecero o del panadero la que nos procura el alimento, sino la consideración de su propio interés. No invocamos sus sentimientos humanitarios, sino su egoísmo; ni les hablamos de nuestras necesidades, sino de sus ventajas". (9)

Smith tiene el firme convencimiento de que el hombre, siguiendo sus propios impulsos y buscando satisfacer su propio interés individual, logra no sólo el bien propio, sino también el de la colectividad. Es decir que la satisfacción de las necesidades individuales no sólo lleva al bienestar de la persona y al aumento del patrimonio privado, sino también al bienestar público y al aumento de la riqueza nacional. Claro está que cuando el egoísmo desenfrenado supera ciertos límites, debe intervenir la ley para defender los derechos ajenos.

Ahora bien, conviene recordar que Smith en su *Ensayo sobre la riqueza de las naciones*, al investigar las causas naturales de la riqueza pública, enuncia tres famosos principios que constituyen los pilares de toda su teoría económica: a) la división del trabajo, b) la existencia del orden natural y c) la libertad económica.

Limitándonos exclusivamente al concepto del orden natural diremos, por de pronto, que existe una cierta diferencia entre la noción smithiana y la noción fisiocrática del orden. Los fisiócratas -Quesnay en modo particular con su *Derecho Natural*- sostienen que el orden natural instituido por Dios es un sistema de vida que el hombre, en su mundo, debe realizar. En cambio, para Smith este orden se realiza "por sí mismo", merced al juego constante de elementos psicológicos.

El orden económico, parte del orden natural, se realiza gracias a las voluntades humanas "inconscientes del fin que pretenden conseguir, pero obedientes todas al impulso irre-

(9) SMITH, A., *Ensayo sobre la naturaleza y causa de la riqueza de las naciones*, trad. de G. Franco (México, FCE, 1958), libro I, cap. 2, pág. 14.

sistible de una misma fuerza instintiva y poderosa". (10)

¿Cuál es esta fuerza que se encuentra en la misma raíz de todos los actos económicos? No es otra cosa que el *self interest*, el "interés personal" o, como prefiere definirlo Smith "el esfuerzo personal que hace cada hombre para mejorar su propia condición" (11). Esta fuerza no es la única y Smith no ignora que existen en el hombre "otras pasiones". Además, el interés personal no existe en todos los hombres con la misma intensidad.

Sea como fuese, el orden económico se manifiesta en forma espontánea, fundado y mantenido principalmente por el interés personal.

"Es muy interesante -dicen Gide y Rist- establecer la comparación entre este concepto y el del orden natural y esencial de las sociedades, sostenido por los fisiócratas. Para estos últimos, el orden natural es un 'sistema', un germen ideal: una invención genial ha debido descubrirlo; un despotismo esclarecido deberá aplicarlo... Para Smith, el orden espontáneo es un 'hecho': no hay que realizarlo: existe desde hoy. Es cohibido, indudablemente, por 'cien impertinentes obstrucciones' debidas a la locura de las leyes humanas, pero al fin y a la postre acaba por triunfar de todas ellas". (12)

El mismo Smith ha expresado, con su sencillez acostumbrada, la superioridad de su concepto de orden sobre el de los fisiócratas en un célebre párrafo de su *Ensayo sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*:

"Algunos médicos especulativos han imaginado que no hay otro modo de conservar la salud del cuerpo humano que usando cierto régimen de dieta y de ejercicio, cuya violación, aun la más nimia, provoca cierto grado de enfermedad o de trastorno proporcionado a la medida de aquella violación. Pero la experiencia parece también haber demostrado que el cuerpo humano conserva generalmente, por lo menos en apariencia, el más perfecto esta-

(10) GIDE, C. y RIST, C., *op. cit.*, pág. 143.

(11) SMITH, A., *op. cit.*, libro V, cap. 1.

(12) GIDE, C. y RIST, C., *op. cit.*, pág. 145.

do de salud con una variedad de regímenes y, aun con algunos de ellos que en modo alguno pueden considerarse como muy saludables... El Dr. Quesnay, que era médico, y un médico muy especulativo, parece haber adoptado una idea semejante respecto al cuerpo político... No pensó, al parecer, que en el cuerpo político de una sociedad, el natural esfuerzo que todo ciudadano desarrolla ininterrumpidamente para mejorar su condición, es un principio de conservación capaz de impedir y de corregir, en múltiples aspectos, los efectos dañosos de una Economía Política que sea, en cierto modo, parcial y opresiva... Sin embargo, en el cuerpo político la sabiduría de la naturaleza ha dispuesto las cosas de la manera más conveniente para remediar la extravagancia y la injusticia de los hombres, de la misma manera que lo hizo en el cuerpo humano para remediar las de la intemperancia y de la ociosidad". (13)

Así que, a los ojos de Smith, las instituciones económicas son "providenciales". Ha sido la divina providencia -en sentido deísta- la que ha infiltrado en el corazón del hombre, ese deseo de mejorar su condición, de lo cual se deriva la organización social natural. De manera que al inclinarse hacia sus impulsos, el hombre no hace otra cosa que cumplir con los benéficos designios del mismo Dios.

Es cierto que el individuo realiza todas sus acciones económicas impulsado por su interés estrictamente personal, no pensando en otra cosa que en sus propias ganancias; sin embargo, una *invisible hand* (mano invisible) lo guía para que realice una finalidad que no entraba en sus propósitos. Es decir que de la misma tendencia innata en cada hombre para lograr su propio interés, Smith deduce una cierta armonía preestablecida, ordenada por Dios, que tiende a lograr el bienestar social.

He aquí el pasaje de la famosa "mano invisible":

"He generally, indeed, neither intends to promote the public interest nor knows how much he is promoting it. By preferring the support of domes-

(13) SMITH, A., *op. cit.*, pág. 601.

tic to that of foreing industry, he intends only his own security; and by directing the industry in such a manner as its produce may be of the greatest value, he intends only his own gain, and he is in this as in many other cases, led by an invisible hand to promote an end which was no part of his intention. Nor is it always the worse for the society that it was no part of it. By pursuing his own interest he frecuently promotes that of the society more effectually than when he really intends to promote it". (14)

"Por lo general, ninguno se propone promover el interés público ni conoce hasta qué punto lo está promoviendo. Cuando prefiere la actividad económica de su país a la extranjera, considera únicamente su seguridad y cuando dirige su actividad de forma tal que su producto adquiera el mayor valor, sólo piensa en su propia ganancia y en éste como en muchos casos es conducido por una mano invisible a promover un fin que no entraba en sus intenciones. Pero ello no siempre implica lo peor para la sociedad que tal fin no entre a formar parte de sus propósitos, pues al perseguir su propio interés, promueve el de la sociedad de una manera más efectiva que si esto entrara en sus designios".

Ahora bien, Smith, por medio del análisis psicológico, pretende penetrar en el secreto de nuestras pasiones y de nuestros instintos con el fin de descubrir las leyes de las acciones humanas. Cree, con Shaftesbury y Hutcheson que en el alma anidan sentimientos altruistas y egoístas, dosificados en proporciones varias. Desde el punto de vista ético, ambos sentimientos se justifican, pues las acciones morales pueden tener esas dos raíces. En efecto, al estudiar en su *Teoría de los sentimientos morales* las acciones egoístas, Smith no sólo las justifica, sino que las considera necesarias:

"El cuidado que dedicamos a nuestra propia felicidad e, incluso, a nuestros intereses, se manifiesta en múltiples ocasiones como un principio de acción muy plausible". (15)

(14) SMITH, A., *An Inquiry...* (New York, Modern Library, 1937), IV, 2, pág. 423.

(15) SMITH, A., *Teoría de los sentimientos morales*, parte VII, sec. II, cap. 3.

Como se puede observar, las ideas de Mandeville han producido algunos frutos en el espíritu de Smith quien proclama incansablemente que el "interés personal" -que no constituye un vicio sino una "virtud inferior"- acaba por conducir naturalmente a la sociedad hacia la prosperidad. El *self interest* -que a veces no tiene en sí nada de virtuoso- pasa a ser una "virtud inferior" de la cual se sirve la providencia, a nuestras espaldas, para alcanzar esos fines que exceden al alcance de nuestras previsiones.

Ahora, bien ¿dónde reside el criterio de moralidad? ¿Cómo alcanzan los hombres la distinción entre lo bueno y lo malo?

Smith contesta afirmando que para saber dónde está el bien no tenemos más que escuchar la voz de la simpatía: "El bien es lo que despierta la simpatía", y el mal, lo que despierta antipatía. De ahí que se podría formular la siguiente regla moral: "Obra de manera tal que provoque la mayor simpatía en el mayor número de personas". Por eso Smith define la virtud como "el esfuerzo del espectador por hacer suyos los sentimientos de la persona afectada" (16). Virtuoso es el hombre que "siente mucho por los otros y poco por sí mismo" y que "se deja dominar por los afectos benevolentes" (17). Sólo de esta manera puede darse en la humanidad una profunda armonía de sentimientos.

"¡Cuán amable nos parece aquél cuyo corazón, lleno de simpatía, refleja todos los sentimientos de aquellos con quienes conversa, que se duele de sus calamidades, que resiente las injurias que han recibido y se alegra con motivo de la buena suerte que los alcanza!... Y por el contrario ¡Cuán desagradable se muestra aquél cuyo insensible y obcecado corazón sólo siente para sí, pero es del todo insensible a la felicidad o desgracia ajena!" (18)

Por lo tanto, el principio orientador de nuestros juicios ya no es la razón -como había afirmado Aristóteles- sino la simpatía y Smith comienza su *Teoría de los sentimientos morales* con un análisis de este sentimiento.

(16) SMITH, A., *Teoría...*, op. cit., parte I, sec. I, cap. 5.

(17) *Ibidem*.

(18) *Ibidem*.

"Por más egoísta que quiera suponerse al hombre, evidentemente hay algunos elementos en su naturaleza que lo hacen interesarse en la suerte de los otros de tal modo que la felicidad de éstos le es necesaria, aunque de ello nada obtenga, a no ser el placer de presenciársela. De esta naturaleza es la lástima o compasión, emoción que experimentamos ante la miseria ajena, ya sea cuando la vemos o cuando se nos obliga a imaginarla de modo particularmente vívido... El mayor malhechor, el más endurecido transgresor de las leyes de la sociedad no carece del todo de ese sentimiento". (19)

Smith entiende por simpatía un *fellow feeling*, una coparticipación en los sentimientos de los demás.

"La simpatía es...nuestro común interés por toda pasión, cualquiera que sea. En ocasiones, la simpatía parecerá que surge de la simple percepción de alguna emoción en otra persona. Las pasiones, en ciertos casos, parecerán transfundidas de un hombre a otro, instantáneamente... Un rostro risueño es, para todo el que lo ve, motivo de alegría; en tanto que un semblante triste, sólo lo es de melancolía". (20)

Pero esto no tiene validez universal -se apresura a precisar el filósofo- porque existen algunas pasiones cuya expresión no excita ninguna clase de simpatía, sino más bien de "aversión" o "antipatía". La conducta violenta de un hombre encolerizado, por ejemplo, no resulta simpática sino antipática.

Ahora bien, la simpatía es una especie de "coparticipación", un "sentir los sentimientos ajenos" y se mantiene vigilante y despierta por medio de la imaginación. En realidad, al no poder penetrar en los sentimientos de los demás, sólo gracias a la imaginación podemos colocarnos en su propio lugar y sentir lo que ellos sienten.

"Aunque sea nuestro hermano el que está en el po-tro, mientras nosotros la pasamos sin pena, nuestros sentidos jamás podrán comunicarnos lo que él

(19) SMITH, A., *Teoría...*, op. cit., parte I, sec. I, cap. I.

(20) *Ibidem*.

sufre...y sólo por medio de la imaginación nos es posible concebir cuáles sean sus sensaciones... Por medio de la imaginación nos ponemos en el lugar del otro, concebimos estar sufriendo los mismos tormentos, entramos, como quien dice, en su cuerpo y, en cierta medida, nos convertimos en una misma persona, de allí nos formamos una idea de sus sensaciones..." (21)

Basta, pues, que un evento cualquiera provoque una pasión en el ánimo ajeno para que inmediatamente brote, en el espectador, una emoción parecida. "Nos ponemos en su lugar" decimos, y basta esa actitud emocional para que nos sintamos conmovidos de una manera semejante.

Sin embargo este sentimiento simpático, para que sea perfecto, debe estar acompañado por el conocimiento de las causas y de las circunstancias que lo producen. Es decir que no es suficiente la simple observación de las pasiones o emociones ajenas, sino que es necesario conocer los motivos, las causas y las circunstancias de esa alegría o desgracia.

"Aun nuestra simpatía en la aflicción o regocijo ajenos, antes de conocer sus motivos es siempre muy imperfecta. Las lamentaciones que nada expresan, salvo la angustia del paciente, más bien originan curiosidad para intuir cuál sea su situación... En consecuencia, la simpatía no surge tanto de contemplar a la pasión, como del conocimiento de la situación que la produce". (22)

Sólo así la simpatía es perfecta. Aprobar el motivo de un sentimiento equivale a simpatizar con el mismo. La simpatía no se produce cuando la pasión del otro nos parece insuficiente o excesiva. Hay, pues, en la actividad simpática, una curiosa mezcla de generosidad y de egoísmo. En efecto, por una parte compartimos el dolor o el placer del prójimo y para ello es necesario que nos pongamos en su caso; y, por la otra, esta simpatía queda supeditada a nuestra aprobación de los motivos, de tal manera que ponderamos y juzgamos los sentimientos ajenos con la medida de los nuestros.

"Aprobamos o reprobamos la conducta de otro, según que sintamos que, al hacer nuestro su caso

(21) *Ibidem.*

(22) *Ibidem.*

nos es posible simpatizar cabalmente con los sentimientos y motivos que la causaron. Y, del mismo modo, aprobamos o reprobamos nuestra propia conducta, según que sintamos que, al ponernos en el lugar de otro y como quien dice, mirar a sus ojos, y desde su punto de vista, nos es posible o no simpatizar con los sentimientos y los motivos que la determinaron". (23)

Esta capacidad de ponerse en el lugar del otro -en esto consiste fundamentalmente la simpatía- es, a la vez, la fuente para el conocimiento de sí mismo. Conocemos primero a los demás que a nosotros mismos y tan solo nos decidimos a observarnos porque pensamos en el efecto que podemos producir en los demás.

"Cuanto yo me esfuerzo por examinar mi propia conducta, cuando me esfuerzo por emitir juicios sobre ella, ya sea por aprobarla o para condenarla, es evidente que, en tales casos, es como si me dividiera en dos distintas personas y que yo, el examinador y juez encarno un hombre distinto al otro yo, la persona cuya conducta se examina y juzga. El primero es el espectador de cuyos sentimientos, respecto de mi conducta, procuro hacerme partícipe, poniéndome en su lugar... El segundo es el agente, la persona que con propiedad designo como a mí mismo y de cuya conducta trataba de formarme una opinión como si fuese un espectador". (24)

Vale decir que cada uno de nosotros debe desdoblarse, en cierta manera, estableciendo en sí mismo un "espectador imparcial" que juzgue sus propios actos como si fueran de otro.

La reciprocidad, en el mundo de los afectos, parece ser una exigencia del alma. Nada nos conmueve de una manera tan profunda como la coparticipación de nuestras emociones y nuestro agradecimiento es inolvidable cuando vemos manifestarse esa simpatía en la expresión de un extraño. Por el contrario, nada nos subleva como la indiferencia del amigo y es muy grande nuestra amargura cuando contemplamos cómo pasan inadvertidos nuestros pesares.

(23) SMITH, A., *Teoría...*, op. cit., parte III, cap. 1.

(24) *Ibidem*.

"Aparentar indiferencia ante la alegría de nuestros compañeros, no es sino falta de cortesía; pero no mostrar un semblante serio cuando nos relatan sus aflicciones, es verdadera y crasa inhumanidad". (25)

Ahora bien, para alcanzar esta comprensión de parte de nuestros semejantes es necesario que moderemos nuestras pasiones tanto por exceso como por defecto, hasta el punto de que los demás puedan considerarlas apropiadas y convenientes. Una alegría excesiva y fuera de tono, así como un dolor desproporcionado a la causa que lo motiva, no sirven, ciertamente, para despertar ese espíritu comprensivo en nuestros semejantes.

La aprobación o la reprobación no se limita a la conducta ajena sino que también abarca la nuestra, debido a que esos sentimientos revierten sobre nosotros mismos y emitimos juicios favorables o desfavorables sobre nuestras actuaciones. Es decir que el análisis sobre el comportamiento ajeno nos lleva, de una manera imperceptible, a sacar ciertas conclusiones sobre nuestras propias actuaciones. De ahí que la convivencia con los demás nos permite formar, por inducción, las reglas de la moralidad.

"No aprobamos o condenamos los actos en particular porque al examinarlos resulten estar de acuerdo o no con alguna regla general. Por el contrario, la regla general se forma a través de la experiencia la cual nos descubre que se aprueban o reprueban todos los actos de determinada especie o circunstanciados en cierta manera". (26)

Por todo lo expuesto, un acto humano es virtuoso si despierta un sentimiento de simpatía en los demás y es malo si despierta un sentimiento contrario.

Observaciones

Los moralistas ingleses quieren restaurar la consideración filosófica de la concreción de la experiencia humana y proceden a examinar y describir, en este plano, los sentimientos y los modos de conducta.

Por de pronto, Shaftesbury y Hutcheson rechazan la

(25) *Ibidem*, parte I, sec. I, cap. 3.

(26) *Ibidem*, parte III, cap. 4.

idea del egoísmo radical del hombre y de su primaria naturaleza bélica formulada en esa antigua frase recogida por Hobbes: *homo homini lupus*. El "sentido moral" es innato y común a todos los hombres y en este sentimiento se fundan todas las valoraciones morales.

También Mandeville se opone a la teoría hobbesiana. Es cierto que el hombre es un ser movido por el egoísmo y la vanidad; pero esos impulsos primarios son justamente los motores de la industria y del comercio y de todo lo que parecía -a los ingleses del siglo XVIII- el más alto signo del progreso humano.

Conviene precisar que Hobbes y Mandeville están de acuerdo en su concepción pesimista del hombre. Pero Hobbes sostiene que la supresión del egoísmo o, por lo menos, su mitigación, es la *conditio sine qua non* para que reine la paz social. En cambio, para Mandeville la satisfacción de las necesidades egoístas es el impulso del progreso de las artes y las ciencias. El egoísmo, pues, no se opone a la sociabilidad.

Ahora bien, a lo largo de la historia de la filosofía descubrimos diversas clases de éticas: la aristotélica, por ejemplo, representa el espíritu, la forma de vida y la idea del hombre de la *polis* griega en su plenitud y, análogamente podemos afirmar que la ética smithiana encarna los ideales de vida de la burguesía inglesa y del *gentleman*. Pero -y aquí está la gran diferencia- la ética smithiana no es normativa como la aristotélica. La virtud, para Aristóteles, es la obra de toda una vida y exige un largo y, a veces, doloroso esfuerzo.

"(la virtud ética es) un hábito adquirido, voluntario, deliberado que consiste en el justo medio en relación a nosotros, tal como lo determinará el buen juicio de un varón prudente y sensato, juzgando conforme a la recta razón y a la experiencia". (27)

En cambio, para Smith la virtud se logra fácilmente, obedeciendo a la voz de la simpatía. Por otra parte, la providencia divina -en el sentido deísta- ha dispuesto las cosas de tal manera que el buen sentido obra como regulador de la conducta humana en sus valoraciones morales.

Ahora bien, Smith, recurriendo a un puro sentimiento

(27) ARISTÓTELES, *Ética a Nicómaco*, II, 6, 1106B.

-la simpatía- cree poder construir un edificio moral. Sin lugar a dudas el sentimiento tiene su importancia en moral, por la ayuda que presta al sujeto en sus actos; sin embargo jamás puede servir de regla de moralidad. En efecto, el sentimiento es subjetivo, de ahí que una moral fundada sobre el mismo es una moral relativa y no absoluta, individual y no universal. Cada persona tiene sus propios sentimientos intransferibles y un mismo sentimiento de simpatía puede variar no sólo de un individuo a otro, por su formación religiosa, intelectual, artística, etc., sino que puede presentar una amplia gama de tonalidades en la misma persona que lo vive. Así que una determinada acción puede ser buena para unos y mala para otros y es muy fácil caer de este relativismo en un peligroso escepticismo moral.

Además, el sentimiento, considerado en sí mismo, es ciego, caprichoso, voluble, pasajero y por eso, incapaz de proporcionar una regla moral obligatoria. Ningún estado afectivo puede servir de base a un orden moral.

Sabemos que la afectividad se manifiesta mediante los sentimientos, las emociones y las pasiones. Limitándonos a los sentimientos superiores -ya sean éticos, estéticos, religiosos, etc.- diremos que son estados afectivos moderados que brotan en nosotros en razón de nuestras actividades de la inteligencia y de la voluntad y que se prolongan con cierta duración. En cambio las emociones son estados psíquicos violentos de corta duración, cuyo núcleo es un sentimiento rodeado de imágenes, recuerdos, etc. Un arrebató de ira, por ejemplo, es una experiencia súbita y violenta que absorbe totalmente el campo atencional. Por su parte, las pasiones son disposiciones adquiridas, permanentes y predominantes -a veces incontrolables- que impulsan continuamente al sujeto a la adquisición de esos determinados objetos, que muestra una modalidad sentimental.

Ahora bien, los sentimientos, las emociones y las pasiones nos "afectan", es decir, nos hacen vivir con cierto estado de agrado o de desagrado, de placer o de displacer, de euforia o de depresión y son modificaciones subjetivas que se distinguen netamente de la actividad cognoscitiva. Bastaría recordar, a este respecto, que al hablar de los estados afectivos usamos siempre verbos intransitivos, debido a que se trata de una actividad que se inicia en el sujeto y permanece en él. En cambio, al hablar de los estados cognoscitivos empleamos verbos transitivos puesto que el conocimiento siempre trasciende el sujeto para llegar al objeto.

Por eso notamos una cierta discordancia o una falta

de rigor sistemático en la doctrina de Smith cuando sostiene que no es la razón sino el sentimiento lo que nos permite distinguir el bien y el mal.

"En cierto sentido -dice en la última parte de su *Teoría*- es verdad que la virtud consiste en una conformidad con la razón... causa y principio de aprobación y reprobación y de todo sano juicio relativo al bien y al mal... (porque) nuestros juicios morales serían sumamente inciertos y precarios si dependiesen totalmente de algo tan expuesto a variar como son las inmediatas emociones y sentimientos... Pero es completamente absurdo e ininteligible suponer que las percepciones primarias de lo bueno y de lo malo procedan de la razón. La manera como se forman las reglas generales éticas es descubriendo que en una gran variedad de casos un modo de conducta constantemente nos agrada en cierta manera y que, de otro modo, con igual constancia, nos resulta desagradable. Empero la razón no puede hacer que un objeto resulte, por sí mismo, agradable o desagradable... El placer y el dolor son los principales objetos del deseo y de la aversión; pero estos no se disciernen racionalmente, sino que se distinguen por medio de un sentido inmediato y de una emoción". (28)

Como se puede observar en esta larga cita, el mismo filósofo se dio cuenta de la grave insuficiencia de su teoría y por eso buscó resolver el problema reconociendo en la razón la "causa o principio de aprobación o reprobación de nuestros actos", pero no supo ver, en la misma razón, el fundamento del orden ético, declarando que es "absurdo e ininteligible suponer que las percepciones primarias de lo bueno y de lo malo procedan de la razón".

Ello se debe a que la moral de Smith es una "moral empírica" que no afina sus raíces en la metafísica. La moral, cualquiera sea el papel de la experiencia en su constitución, debe estar subordinada a la metafísica porque los conceptos de bien, de mal, de virtud, de deber, de ley, etc., así como sus principios, son de naturaleza metafísica. Sin metafísica es imposible definir lo que es el hombre ni cuál es su fin y en qué consiste el bien y el mal.

(28) SMITH, A., *Teoría...*, op. cit., parte VII, cap. 2.

"Es cierto que los conceptos morales se orientan hacia lo concreto y están dentro del orden empírico, pero también es cierto que no pertenecen a ese orden, sino a uno superior. Admitir una moral independiente de la metafísica es proclamar que la misma no tiene carácter absoluto sino relativo y subjetivista. Pero una moral sin carácter absoluto no sería moral, debido a que lo que se considera como 'bueno' hoy, sería considerado 'malo' en otra circunstancia". (29)

Por lo expuesto, no podemos aceptar de ninguna manera esta moral que tiene como fundamento no la razón, sino el "sentimiento de simpatía" que, precisamente por ser un "sentimiento" es un impulso irreflexivo. Smith vio bien claras las insuficiencias del puro sentimiento y por eso aclara que "en cierto sentido...la razón...es causa y principio de aprobación y reprobación de todo sano juicio relativo al bien y al mal"; pero en su doctrina el sentimiento de simpatía guarda siempre la primacía: "Empero la razón no puede hacer que un objeto resulte, por sí mismo, agradable o desagradable..."

Seguramente la simpatía desempeña un gran papel en la vida de cada uno de nosotros. No olvidemos que una buena comida y una buena digestión nos hacen simpáticos, benévolos y optimistas; pero la digestión es un fenómeno puramente fisiológico. Y lo mismo podríamos decir del deseo de poder, del instinto sexual, etc., y puesto que cada una de estas tendencias fundamentales aparece más o menos en todas nuestras acciones, cada uno de nosotros podría representarse la vida como dependiente esencialmente de cada una de ellas.

"En lo que concierne a la simpatía -dice Leclercq- se ha observado con frecuencia la importancia de las apariencias exteriores en el despertar de la simpatía. Hay pillos simpáticos y santos antipáticos, bribones cuya llegada desarruga todos los rostros y hombres de bien que inspiran fastidio. La simpatía puede provenir del rostro y del timbre de la voz tanto como de las cualidades morales. La moral del sentimiento estaba vinculada al optimismo del siglo XVIII; pero no ha podido

(29) LETIZIA, F., *El problema de la moral profesional* (Mendoza, UNC-FCE, 1980), pág. 15.

mantenerse por más tiempo". (30)

Conviene recordar, a este propósito, lo que decía Hobbes: que nuestra simpatía recae siempre sobre aquellos que sirven solícitamente nuestros intereses. De ahí que, en el fondo de nuestra simpatía, podríamos encontrar no un motivo altruista sino egoísta. Sabemos, en efecto, que el hombre no es feliz si no es amado y, para ser amado, se preocupa por los demás haciéndose benévolo y benéfico. Su "altruismo", pues, no se debe al amor que hay que tener por el prójimo sino al deseo de ser feliz.

Por otra parte, Smith no habla nunca del amor a Dios y Dios no es la fuente del orden ético. Y como si esto fuese poco, no recurre a la razón -la facultad más elevada del hombre- sino a un sentimiento voluble y caprichoso, como es la simpatía, para fundamentar su doctrina moral. De ahí la reacción de Kant quien en su *Crítica de la razón práctica* reclama, con todo vigor y rigor, que el hombre debe cumplir su deber porque es su deber.

Por todo lo expuesto, la de Smith es una moral empírica y sencilla, que se limita a pasar un barniz de altruismo sobre el hombre hobbesiano. No es una moral elevada como la de Platón o Aristóteles o Kant, ni desarrolla un espíritu de sacrificio como la de los estoicos.

No olvidemos que el sentimiento puede ser el origen de todas las desviaciones morales. Por eso la vida afectiva es, sin duda, desde el punto de vista que nos ocupa, el "primer problema" de la vida moral y sólo si somos capaces de someterlo a la razón, podemos formar un hombre equilibrado. En efecto, una sensibilidad sometida a la razón y dispuesta a inflamarse por todo lo que la razón muestra como bueno, constituye la garantía más segura de una vida moralmente pura. El sentimiento de la simpatía es ciego y corresponde a la razón la difícil tarea de guiar y dirigir la vida afectiva proponiendo el bien y evitando el mal.

(30) LECLERCQ, J., *Las grandes líneas de la filosofía moral*, trad. de J. Péres Riesco, 3ra. ed. (Madrid, Gredos, 1977), pág. 107.